

Capítulo 1

Londres, enero de 1813

*E*ra llegado el momento de bailar con el diablo otra vez. Cassie golpeó la puerta de la casa Kirkland con la aldaba en forma de cabeza de dragón, pensando en qué misión la esperaba esta vez.

El mayordomo abrió la puerta y, al reconocerla, le hizo una venia invitándola a pasar.

—Su señoría está en su despacho, señorita Fox.

—No hace falta que me indique el camino —dijo ella, dirigiéndose hacia la parte de atrás de la casa.

Ya era hora de que Kirkland la enviara a Francia. Durante años había viajado secretamente entre Inglaterra y Francia, en misiones de espionaje o como mensajera, a las órdenes de Kirkland. El trabajo era peligroso y francamente satisfactorio.

Kirkland, por fuera un caballero frívolo y ocioso, era secretamente un experto en reunir y analizar información. Esta vez la había retenido en Londres más tiempo que de costumbre para que participara en una desesperada investigación para desbaratar una conspiración contra la familia real y descubrir a los conspiradores; lo habían conseguido, se habían celebrado una boda y la fiesta de Navidad y ella ya estaba desasosegada. Trabajar en hacer caer el régimen de Napoleón le daba finalidad a su vida.

Golpeó la puerta del despacho y la abrió al oír la invitación a entrar. Kirkland, que estaba sentado ante su escritorio, tan bien vestido como siempre, se levantó cortésmente cuando ella entró.

Con su pelo moreno, sus anchos hombros y rasgos clásicos, nunca dejaba de ser guapo, pero ese día su cara tenía señales de tensión, a pesar de su sonrisa.

—Te ves más anónima que de costumbre, Cassie. ¿Cómo te las arreglas para ser tan poco recordable?

—Con talento y práctica, puesto que el anonimato es muy útil para una espía —contestó ella, eligiendo una silla al otro lado del escritorio, frente a él—. Pero tú, señor, tienes aspecto cetrino esta tarde. Si no te cuidas mejor, caerás con otro ataque de fiebre y descubriremos si eres indispensable o no.

—Nadie es indispensable —repuso él, sentándose—. Rob Carmichael podría hacer mi trabajo si fuera necesario.

—Podría, pero no desearía hacerlo. Rob prefiere con mucho el trabajo en la calle, cascando cabezas.

Eso se lo había dicho el propio Rob; eran íntimos amigos y de vez en cuando algo más que amigos.

—Y es muy bueno en eso —convino Kirkland, y comenzó a jugar nervioso con su pluma—. Pero no voy a caer de mi puesto muy pronto.

—No es propio de ti estar tan nervioso —dijo ella—. ¿Me has encontrado una misión más peligrosa que lo normal?

Él esbozó una sonrisa sin humor.

—Siempre es peligroso enviar agentes a Francia. Mis escrúpulos aumentan cuando la misión es más personal que de interés fundamental para Gran Bretaña.

—Tu amigo Wyndham —dijo ella al instante—. Déjate de escrúpulos. Siendo el heredero del conde de Costain, valdría la pena correr unos cuantos riesgos buscándolo aun en el caso de que no fuera amigo tuyo.

—Tendría que haber supuesto que lo adivinarías. —Dejó la pluma quieta en la escribanía—. ¿Cuántas veces has seguido posibles pistas acerca de Wyndham?

—Dos o tres, con una extraordinaria falta de éxito.

Y ella no era la única agente que buscaba pruebas de que Wyndham, desaparecido tantos años atrás, estuviera vivo o muerto. Kirkland no renunciaría jamás a la búsqueda mientras no tuviera la prueba de lo uno o de lo otro.

—No he querido reconocerlo —suspiró Kirkland—, pero siempre temí que lo hubieran matado cuando terminó la Paz de Amiens y a todos los ingleses los recluyeron en una ciudad prisión para que no pudieran regresar a Inglaterra. Él no se habría dejado arrestar mansamente; podrían haberlo matado por resistirse. No se ha sabido nada de él desde el año tres, cuando se reanudó la guerra.

—Puesto que no está en Verdún con el resto de los reclusos y no se han encontrado señales de él, esa es la explicación más probable. Pero esta es la primera vez que te oigo admitir la posibilidad.

—Wyndham siempre estaba tan a rebosar de vida —musitó Kirkland, pensativo—. No parecía posible que lo hubieran matado de manera tan sin sentido. Sé que es posible, por supuesto. Pero me parecía que decir eso en voz alta lo haría cierto.

Cassie encontró sorprendente esa admisión en Kirkland, cuyo cerebro tenía fama de ser agudo y objetivo.

—Dime algo sobre Wyndham —dijo—. No sobre su rango ni su riqueza sino sobre cómo es como persona.

A Kirkland se le relajó la expresión.

—Era un chico encantador de pelo dorado, capaz de engatusar a una serpiente y quitarle las escamas. Travieso, pero sin una pizca de maldad. Lord Costain lo envió a la Academia Westerfield con la esperanza de que lady Agnes consiguiera manejarlo sin sucumbir a su encanto.

—¿Y lo consiguió? —preguntó Cassie; había conocido a la formidable directora y la creía capaz de manejar a cualquiera.

—Bastante bien. Lady Agnes le tomó cariño; todo el mundo lo quería. Pero no le permitía salir impune de su mal comportamiento.

—Debes de tener una nueva pista, si no no estarías hablando conmigo de esto.

Nuevamente Kirkland cogió su pluma y comenzó a jugar con ella.

—¿Te acuerdas del espía francés que descubrimos cuando estábamos investigando la conspiración contra la familia real?

Cassie conocía algo al hombre gracias a su relación con la comunidad de emigrados franceses.

—Paul Clement —dijo—. ¿Él te ha dado información referente a Wyndham?

—Clement había oído el rumor de que justo cuando terminó la tregua un joven noble inglés ofendió a un funcionario del gobierno llamado Claude Durand. Sé el nombre pero muy poco más. ¿Has oído algo sobre él?

Cassie asintió.

—Es de una rama poco importante de una familia francesa noble. Cuando comenzó la Revolución él se volvió radical y denunció a su primo el conde, y estuvo presente cuando lo guillotinaron. En recompensa, quedó dueño del castillo de la familia y de una buena parte de su riqueza. Ahora ocupa un alto cargo en el Ministerio de Policía. Tiene fama por su brutalidad y su incondicional lealtad a Bonaparte, así que es peligroso ofenderlo.

—Wyndham podría no haber sobrevivido a una ofensa que enfureciera a un hombre como ese. Pero Clement oyó decir que Durand había encerrado al noble inglés en la mazmorra de su castillo. Si ese noble era Wyndham, existe la posibilidad de que siga con remota.

Cassie no se molestó en señalar que esa era una posibilidad muy remota.

—¿Quieres que investigue la información de Clement?

—Sí, pero no corras ningún riesgo. —La miró severo—. Me preocupas. No le tienes suficiente miedo a la muerte.

Ella se encogió de hombros.

—No la busco. El instinto animal me impide hacer tonterías. No tendría que ser difícil localizar el castillo de Durand y averiguar entre la gente de la localidad si tiene un prisionero inglés rubio.

Kirkland asintió.

—Las mazmorras no fueron hechas para que alguien sobreviva ahí mucho tiempo, pero, con suerte, podrás enterarte de si Wyndham está o estuvo prisionero ahí.

—¿Tenía la fuerza para sobrevivir a años de cautiverio? No me refiero a fuerza física solamente, sino a temple o fortaleza mental. Un hombre se puede volver loco en una mazmorra, sobre todo si está encerrado solo.

—Nunca supe qué tipo de recursos interiores tenía Wyndham. Todo se le daba bien, deportes, estudios, amistades, admiradoras. Nunca tuvo que enfrentar ningún reto. Podría tener una fortaleza o un aguante inesperados. O podría haberse quebrado bajo la primera verdadera presión que enfrentaba. —Pasado un buen rato, añadió en voz baja—: No creo que hubiera soportado bien la prisión. Mejor que lo mataran rápidamente.

—La verdad puede ser difícil, pero es mejor saber qué ocurrió y aceptar la pérdida a dejarse roer por la incertidumbre eternamente —señaló Cassie—. No puede haber muchos nobles ingleses que ofendieran a funcionarios poderosos y fueran encerrados en prisiones particulares. Si está o estuvo en el castillo Durand, no tendría que ser difícil saber cuál fue su destino.

—Me cuesta creer que podríamos tener una respuesta pronto —musitó Kirkland—. Si realmente está ahí y vivo, entérate de qué es necesario hacer para sacarlo.

—Me marcharé a finales de esta semana —dijo Cassie levantándose y pensando en los preparativos que debía hacer; entonces se sintió obligada a añadir—: En el caso de que por algún milagro esté vivo y puedas traerlo a Inglaterra, tiene que haber cambiado muchísimo en todos estos años.

—¿No hemos cambiado todos? —suspiró Kirkland cansinamente.

Capítulo 2

París, mayo de 1803

*E*s hora de despertar, mi bello niño dorado —musitó la tentadora con voz ronca—. Mi marido no tardará en llegar.

Grey Sommers abrió los ojos y la obsequió con una indolente sonrisa.

—¿Niño, Camille? Creí haberte demostrado otra cosa.

Ella se rió y se echó hacia atrás un enredado mechón de pelo moreno.

—Sí que lo demostraste. Debo llamarte mi bello hombre dorado. Por desgracia, es hora de que te vayas.

Y Grey se habría marchado si ella no lo hubiera atormentado con una caricia que expulsó el sentido común de su cabeza. Hasta el momento había obtenido poca información de la deliciosa madame Durand, aunque había aumentado sus conocimientos en las artes amatorias.

Su marido era un importante funcionario en el Ministerio de Policía, y él había tenido la esperanza de que le hubiera hablado de asuntos secretos a su esposa; en particular, ¿le habría dicho que pondrían fin a la Paz de Amiens para reanudar la guerra? Pero a Camille no le interesaba la política; sus talentos estaban en otras cosas y él estaba muy bien dispuesto a probarlos otra vez.

Una vez satisfecha la lujuria, volvió a dormirse. Despertó cuando la puerta se abrió violentamente y entró un hombre furioso con una pistola en la mano y seguido por dos guardias armados. Camille chilló y se sentó en la cama.

— ¡Durand!

Grey se bajó de la cama por el lado opuesto, pensando vagamente que la escena parecía la de una farsa de teatro. Pero la pistola era muy real.

— ¡No lo mates! — suplicó Camille, con el pelo moreno despararramado sobre sus pechos—. Es un lord inglés, y matarlo causará problemas.

— ¿Un lord inglés? Este debe ser el tonto de lord Wyndham. He leído informes de la policía sobre tus movimientos desde tu llegada a Francia. No tienes mucho de espía, muchacho. — Curvó los labios en una horrible sonrisa y amartilló la pistola—. Ya no importa lo que piensen los ingleses.

Grey se irguió en toda su estatura, comprendiendo que no podía hacer ni una sola maldita cosa para salvar su vida. Sus amigos se reirían si se enteraban de que encontró la muerte desnudo en el dormitorio de la esposa de otro hombre.

No, no se reirían.

Lo invadió una sobrecogedora calma. ¿Todos los hombres se sentirían así cuando la muerte era inevitable? Por suerte tenía un hermano menor para heredar el condado.

— Le he agraviado, Ciudadano Durand — dijo, y lo enorgulleció lo tranquila que le salió la voz—. Nadie puede negar que tiene una causa justa para dispararme.

El brillo de rabia asesina en los ojos de Durand pasó a uno de fría crueldad.

— Ah, no — dijo en voz baja—. Matarte sería demasiado misericordioso.

Capítulo 3

Londres, 1813

Cassie volvió a la casa particular cerca de Covent Garden que mantenía Kirkland para alojar a sus agentes. Ella se alojaba en Exeter Street 11 siempre que estaba en Londres y eso era lo más cercano a un hogar que tenía.

Hacer su equipaje no le ocupó mucho tiempo, porque siempre que volvía de Francia hacía lavar su ropa y la guardaba bien dobladita en el ropero a la espera de la próxima misión. Era invierno, así que eligió la ropa de más abrigo y botas de media caña. Todos sus vestidos estaban bien confeccionados, pero eran sencillos y sosos, puesto que su objetivo era pasar desapercibida.

Estaba terminando de elegir la ropa cuando sonó un golpe en la puerta y una voz femenina dijo:

— El té, señora.

Al reconocer la voz, abrió la puerta y se encontró ante lady Kiri Mackenzie, que estaba equilibrando una bandeja con la tetera, las tazas y un plato con pasteles. Lady Kiri era una joven alta, hermosa, de buena cuna, rica y segura de sí misma hasta la médula de los huesos. Sorprendente que se hubieran hecho amigas.

— ¿Cómo supiste que estaba aquí? — preguntó—. Creí que seguías en tu luna de miel en Wiltshire con tu sir Damian recién armado caballero.

— Volvimos ayer a la ciudad — contestó Kiri—. Puesto que esta-

ba cerca de Covent Garden, se me ocurrió venir aquí a ver si estabas. —Dejó la bandeja en la mesa—. La señora Powell dijo que te encontraría aquí, así que, ¡mira! Te he traído el té.

Cassie sirvió un poco de té y le pareció que le faltaba un poco.

—Me alegra que hayas vuelto a tiempo para hacerme una visita. Me marcharé a finales de esta semana.

Kiri se puso seria.

—¿A Francia?

—Ahí es donde soy útil.

—Ten cuidado —dijo Kiri, preocupada—. Mi breve roce con el espionaje me ha dado un atisbo de lo peligroso que puede ser.

Cassie vertió otro poco de té y decidió que estaba listo.

—Esa fue una circunstancia especial —dijo, sirviendo té en las dos tazas—. La mayoría de las cosas que hago son muy vulgares.

Kiri no pareció convencida.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ausente?

—No lo sé. Un par de meses, tal vez más. —Puso azúcar a la taza y se sentó en la silla—. Ten presente que soy medio francesa, así que no voy a un país extranjero. Tu eres medio india, así que supongo que lo entiendes.

Kiri lo pensó.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero India puede ser peligrosa aun cuando yo sea medio india. Lo mismo vale para Francia. Y más cuando estamos en guerra.

Cassie cogió un pastel.

—Este es mi trabajo. —El pastel estaba relleno con frutos secos y pasas, muy sabroso—. Es mi vocación, en realidad.

—Por lo que he visto, eres muy buena para espionar —dijo Kiri, cogiendo un pastel con especias; siempre había buena comida en la cocina de la señora Powell—. ¿A Rob Carmichael le importa que estés lejos tanto tiempo?

Cassie arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Perdón?

Kiri se ruborizó.

—Perdona. ¿No debía saber lo de tu... vuestra relación?

Kiri debió haberla visto con Rob, pensó Cassie. No era sorpren-

dente, pues las dos habían estado viviendo bajo ese mismo techo varias semanas.

—Nuestra relación es de amigos —dijo secamente.

—Y yo debería ocuparme de mis asuntos —dijo Kiri en tono pesaroso—. Pero es un hombre excelente. Pensé..., me pareció que había algo más que amistad entre vosotros.

Cassie sintió una fuerte punzada de... envidia, supuso, de que Kiri pudiera creer en el amor. No era que su amiga no hubiera tenido que superar problemas: su padre murió antes que ella naciera y dado que era mestiza y criada en India había tenido que enfrentar prejuicios cuando su familia llegó a Inglaterra.

Pero Kiri tenía una madre y un padrastro amorosos, por no decir riqueza, posición y belleza que la protegían de un mundo muchas veces cruel. Ella, en cambio, había nacido con esas mismas ventajas, pero las perdió a edad muy temprana, junto con su fe en los finales felices.

Recién casada y locamente enamorada de un hombre digno de ella, Kiri no tenía la experiencia para saber las muchas maneras en que pueden conectar hombres y mujeres; una angustiada necesidad de contacto físico y cordialidad puede unir a dos personas incluso sin amor.

Pero no deseaba intentar explicar eso, así que simplemente dijo:

—La amistad es una de las mayores bendiciones de la vida. No necesita ser algo más.

—Reconozco mi error —dijo Kiri, poniendo cara triste—. Te agradezco la paciencia con que me has educado sobre los asuntos mundanos.

—Has aprendido rápido —rió Cassie—. Kirkland dijo que te contrataría como agente al instante si no fueras, por desgracia, aristócrata. —Pensó un momento—. Probablemente te ha dado el trabajo de escuchar lo que se dice en el Damian's, puesto que ahí van a jugar tantos altos cargos del gobierno y diplomáticos extranjeros.

—Puede que se haya hablado de la posibilidad —dijo Kiri, haciendo un pícaro guiño. Devoró otro pastel y abrió su ridículo—. Mientras estaba en el campo dediqué algún tiempo a jugar con un

aroma que podrías encontrar útil. —Sacó un frasquito del ridículo y se lo pasó—. Lo llamo Antiqua.

Cassie cogió el frasquito con entusiasmo. Kiri descendía de un largo linaje de mujeres perfumistas, y creaba perfumes maravillosos.

—¿Útil? —dijo—. Yo creía que los perfumes eran para la seducción y la frivolidad.

—Huélelo, a ver qué te parece —dijo su amiga en tono misterioso.

Obediente, Cassie destapó el frasquito, cerró los ojos y olió. Y volvió a olerlo.

—Huele a... algo anticuado, húmedo, de cierta manera limpia, si eso tiene sentido. Terrenal y... ¿muy apagado? ¿Cansado? No es exactamente desagradable, pero no tiene nada que ver con tus perfumes florales y de especias.

—Si captaras este aroma al pasar, ¿en qué pensarías?

—En una anciana —contestó Cassie al instante.

—¡Perfecto! —dijo Kiri regocijada—. El olor es potente. Ponte un poco de Antiqua cuando desees pasar desapercibida o que te infravaloren. Las personas te van a creer vieja y débil sin saber por qué.

—¡Muy ingenioso! —exclamó Cassie y volvió a oler—. Detecto una insinuación de lavanda, pero no reconozco nada más.

—Usé esencias que no uso a menudo, y cuando las uso normalmente las disimulo con fragancias más agradables.

—Cuando estoy en Francia suelo viajar en una carreta tirada por un poni, como vendedora ambulante de diversos artículos para señoras. Cintas, encajes y cosas de esas. Me visto y arreglo para verme, fea, sosa y no recordable; esto se va a sumar al efecto. —Puso el tapón al frasquito—. ¿Tendrías tiempo para prepararme más antes que me vaya?

Kiri sacó otros dos frascos.

—Cuando me pareció que el aroma daba resultado, preparé más cantidad. —Se rió—. Me puse un poco, pasé sigilosa por un lado de Mackenzie y no me reconoció, hasta que le capté la atención haciendo algo muy indecoroso.

Cassie se rió.

—Si pudiste pasar por su lado sin que lo notara, a mí este aroma debería hacerme invisible.

Kiri frunció los labios.

—Si vas a viajar como vendedora ambulante, tengo un remedio que podría convenirte llevar contigo.

—¿Perfumes que no están a la altura de tus gustos pero que son agradables de todos modos? Eso sería maravilloso.

—No se me había ocurrido —dijo Kiri—, pero es una buena idea. Tengo un buen número que no son exactamente lo que deseo, pero son agradables y contienen tantos ingredientes caros que no los voy a tirar. Puedes quedártelos. Pero lo que tenía pensado es lo que llaman esencia de ladrones.

—¿Qué diablos es eso y para qué lo querría una honrada ama de casa del campo?

Kiri sonrió de oreja a oreja.

—Lo descubrí cuando estaba investigando antiguos aromas de Europa. Según cuentan, durante la Peste Negra sorprendieron a unos ladrones robándoles a los moribundos y a los muertos. Para salvarse de la horca, ellos ofrecieron la fórmula de la esencia que les permitía cometer sus robos sin contagiarse de la enfermedad. Hay diferentes recetas, pero normalmente contiene una base de vinagre en el que se remojan otras hierbas como clavo de olor y romero, y limón. Los vinagres de hierbas son remedios tradicionales, así que es un buen comienzo.

—Fascinante —comentó Cassie—. ¿Y da resultado?

—No tengo ni idea. Tal vez podría prevenir enfermedades más normales, como la tos y el resfriado. Dado que normalmente estoy sana, no sé si la esencia de ladrones es eficaz. La versión que elegí es algo fuerte, pero no desagradable, y huele como debe oler algo que hace bien. Es perfecta para una vendedora ambulante que no estará viva si no diera resultado.

—Me encantará tener un poco —dijo Cassie—. Lo usaré yo. Viajar por la campiña francesa en una carreta en pleno invierno es una receta para coger resfriados. Te lo diré si la esencia de ladrones me mantiene sana.

—Te enviaré un poco mañana, junto con los demás perfumes. —Volvió a hurgar en su bolso y sacó un precioso frasco de cristal rojo con un tapón delicadamente curvado—. Una última cosa. Este es para cuando vuelvas a Inglaterra, para volver a ser tú misma.

Recelosa, Cassie abrió el frasco y se puso una gota en la muñeca. Se la olió y se quedó inmóvil como una piedra. La fragancia era una exquisita mezcla de lilas y rosas, incienso y luz de luna, luz del sol desaparecida y sueños no hechos realidad. Y en el fondo, las sombras de la noche más oscura. Le atrapó el corazón con dolorosa intensidad.

—Ahora que te conozco mejor decidí crear un perfume personal para ti —explicó Kiri—. ¿Qué te parece?

—Es soberbio —dijo Cassie, poniéndole el tapón al frasco con más fuerza de la necesaria—, pero no sé cuando tendré ocasión de ponerme algo como esto.

—Lo detestas —dijo Kiri tristemente—. Me imaginé que podrías detestarlo.

Cassie contempló el precioso frasquito reposando en su palma.

—No lo detesto. No... sólo que no deseo llevar encima tanta verdad.

—Tal vez algún día lo desees.

—Tal vez —dijo Cassie, pero lo dudaba.